



Texto por: Alberto Muñoz

*A los héroes y a las víctimas de la ciudad muerta
Ayer, hoy y mañana*

En 1920 se estrenaba de forma simultánea en Hamburgo y en Colonia la ópera *La ciudad muerta* de E. W. Korngold. En ella, su protagonista se enfrenta a la atracción que siente hacia una joven y frívola mujer que le recuerda en todo, menos en sus lascivos ademanes, a su amada, virtuosa y fallecida esposa. Ambos personajes son interpretados por la misma cantante, creando así un estado de confusión y ambigüedad en el espectador. Es lo mismo que años más tarde haría Hitchcock en *Vértigo*, al sacar a Kim Novak de entre los muertos, y es la misma dualidad imposible que compondría Cristóbal Halffter para el personaje de Dulcinea en su polémico y operístico *Don Quijote*.

En estas dualidades se materializa el conflicto entre la realidad y el deseo, lo real y lo irreal, confundidos en la mente de quien imagina, desea o superpone diferentes planos de la existencia, real o inventada. Lo grotesco surge al intentar convertir en verdad lo que no lo es, porque no es un simple e ingenuo autoengaño lo que se genera en esa confusión, sino una clara intención de sustituir una realidad incómoda e inasumible, por otra inventada y llena de atractivos falsos.

No es casual que uno de los títulos barajados para esta revista fuera precisamente el de *La ciudad muerta*, en un intento de poner de manifiesto esa dualidad grotesca que de forma institucional se le quiere imponer a esta ciudad viva. Avocada a ser *Ciudad del Quijote*®, a falta de una idea gubernativa mejor, los esfuerzos han ido (¿e irán?), con agradable consenso de todas las administraciones, en esa dirección. Por vía quirúrgica se opera la fachada, el contenido, la imagen de la ciudad, para